

*Literatura uruguaya y realidad política.*  
*En torno a Los partidos políticos y*  
*las ideas de Oscar Brando*

Mariana Moraes



El nuevo libro de Oscar Brando (Montevideo, 1954), docente y crítico literario de reconocida trayectoria en nuestro medio, se planta en el cruce de los caminos de la literatura y la historia de las ideas políticas. Su propuesta: una revisión de las trayectorias de escritores uruguayos desde los orígenes de la república hasta la década de 1970, a la luz de sus identidades ideológicas y vínculos con los partidos políticos. La recuperación de esta relación reprimida (escritores y partidos) y el ejercicio de un modo de leer más allá de las medianeras disciplinares remiten al magisterio de Carlos Real de Azúa, con quien el autor expresa su deuda intelectual y a quien dedica la obra. El artículo «Partidos políticos y literatura en el Uruguay», publicado por Real de Azúa en 1958, se inscribe como una referencia ineludible para el tipo de asedio practicado por Brando. Sin ánimo de quitarle protagonismo a la filiación que explicita este ensayo, se podría agregar a la construcción de su genealogía a David Viñas, aunque más no sea como un gesto crítico o antecedente epocal que permanece o aparece en latencia en *Los partidos políticos y las ideas*. El enfoque y ciertas notas de heterodoxia de la escritura de este último recuerdan el proyecto crítico concentrado en *Literatura argentina y realidad política*, con el que desde mediados de los años sesenta Viñas insistió en escudriñar la configuración del campo letrado como un espacio de seducciones cruzadas entre los escritores y el poder, iluminando por esa vía los vínculos entre las matrices ideológicas y los imaginarios literarios.

En el ámbito de la crítica literaria nacional, la relación de los escritores con el orden de lo político-partidario ha tenido una suerte dispar: por momentos, descartada como una deriva insustancial, sacrílega acaso para la ansiedad de la autonomía literaria, o trazada con celo extremo cuando la politización del campo cultural se volcó hacia la radicalización. Trascendiendo estas inclinaciones, el libro que reseñamos propone un recorrido por las relaciones entre la política y la estética a través de un ejercicio filológico que se alimenta fundamentalmente de la indagación documental y el retorno a la biografía. Aunque forme parte del estilo del autor ir declarando, sin ambages, hiatos e incertidumbres (y a veces, incluso, la «precariedad» de sus razonamientos), aspectos estos que podrían sugerir una escritura poco meditada, el lector reconoce en ella el fruto de una labor acumulativa, el resultado de una reflexión macerada en el hábito de fatigar el archivo literario rioplatense y en el profundo conocimiento de la producción y los debates de la historiografía nacional. Estos datos importan para acercarse a la comprensión que da andamiaje al libro: la idea de que la literatura y la política son «circuitos de intercambios y relaciones (...) estructuras abiertas, permeables que integran a su indagación los aportes de otras formas de conocimiento» (p. 200). Desde allí es posible considerar, entre otras cosas, la apropiación o los usos de la literatura por la política, presente, a modo de mínimo ejemplo, en «anécdotas más o menos ciertas de los casos de Zorrilla de San Martín y su *Leyenda Patria* en pleno latorrismo, Juana de Ibarbourou casándose con América en ceremonia (laica) y batllista o Francisco Espínola afiliándose al Partido Nacional» (p. 16).

Dejando de lado las notas al pie, que en este libro constituirían, por su volumen, relevancia y aprovechamiento, un cuerpo de texto con entidad suficiente como para ser considerado en esta lectura crítica, la obra se estructura en torno de un prefacio y cuatro capítulos. En el prefacio se reconstruyen los derroteros circunstanciales, teóricos y metodológicos de la indagación. Brando ubica el origen del trabajo en una primera especulación en torno a la literatura y los partidos, publicada en una obra colectiva coordinada por José Rilla y Jaime Yaffé (*Partidos y movimientos políticos en Uruguay. Historia y presente*, 2024) y reconoce, además, el estadio anterior, el hilo hacia la idea primordial encontrada en la obra ya referida de Real de Azúa.

El primer capítulo, por su parte, se dedica al análisis de las expresiones político-partidarias en los albores de la literatura uruguaya. Aquí se repasan los casos de Hidalgo, Pérez Castellano, Larrañaga, Acuña de Figueroa, Echeverría y Lussich. Destacan, en este apartado, los apuntes acerca de los géneros escriturales en el Uruguay del siglo XIX y su servicio a las luchas ideológicas del momento. La cuestión del origen de los partidos políticos es examinada aquí a través de una revisión crítica de las tesis de Pivel Devoto y Barrán. En líneas generales, el capítulo da cuenta de la actividad del escritor en un Uruguay en el que las identidades y devociones político-partidarias se mantenían aún uncidas al peso de los linajes y de las guerras civiles, y donde la discusión acerca de la separación entre literatura y política era inexistente.

El segundo capítulo desplaza el análisis hacia la narrativa de Acevedo Díaz, caso de estudio interesante para examinar la seducción que las guerras —como deriva bárbara de la acción política civilizada— ejercen sobre los escritores hasta bien entrado el siglo XX. En el paso al 900, se estudian ciertas continuidades de las divisas en Javier de Viana y Florencio Sánchez, así como el progresivo distanciamiento entre vida política y creación a través de los casos de Quiroga y Herrera y Reissig, hasta desembocar en el examen del perfil político-partidario de Rodó y, en especial, de su consolidación como precursor del escritor que influye «a partir de ideas y publicaciones, propia del tipo al que se iba a llamar intelectual» (p. 103).

El capítulo tres retoma desde el 900 para profundizar en el compromiso político de los escritores en un campo literario que acusará el influjo de las políticas culturales de Batlle y Ordóñez, las que jalonarán a la larga la transición hacia el triunfo de un orden mesocrático. Entre anarquismo y batllismo, encontramos a Ángel Falco, Roberto de las Carreras, Emilio Frugoni y José Pedro Bellán. En esta etapa, que llega hasta la generación del 45, el escritor estrechará relación con los medios y con el Estado, procurando su protección en la forma de becas, premios y cargos. La politización de las décadas del treinta y del cuarenta es presentada como un anticipo de lo que llegará con los años sesenta. A fines de los treinta, señala el autor: «la relación entre política y arte comenzaba a alejarse del ámbito de los partidos si no era el de los internacionales (en particular el partido comunista) para los que la posición estética y de los intelectuales jugaba un rol estratégico» (p. 143). Ya los escritores del 45 se identificarán como apartidarios, pero no como apolíticos. Recibirán y aclimatarán en la polaridad del «arraigo y evasión», las nociones sartreanas del «compromiso intelectual» o del «intelectual comprometido». Estos aspectos se estudian a partir de la obra de Mario Benedetti.

Este capítulo concentra, a nuestro juicio, mayor interés que el resto, pues considera un periodo en el que se multiplican y complejizan las operaciones culturales atravesadas por los hilos partidarios y políticos. En cuanto a los casos analizados, el de Justino Zavala Muniz es el más llamativo. El compromiso del autor de *Crónica de un crimen* con la realidad política y social se juega en una escritura que se inclina sobre el mundo del delito y su punición, y que opera a partir de trasvases entre los hechos y la ficción, de desplazamientos entre lo novelesco y lo documental. Estos aspectos hacen a la singularidad de su programa narrativo, capaz de fusionar el criollismo con géneros y formas del universo de la prensa, como los *faits divers*, los «sucesos» y las crónicas.

El capítulo cuarto da cuenta de la crisis moral y política de los sesenta y de la irrupción de la Revolución cubana como coyuntura determinante para el retorno de la alianza entre las armas y las letras. Para el estudio de ese nuevo perfil y militancia del intelectual de izquierda se recurre a la figura de Ibero Gutiérrez, abordada en diálogo con la labor crítica de Benedetti. La obra de Gutiérrez bien vale su centralidad en este capítulo. Le sigue una coda dedicada al teatro de Carlos Maggi.

Los numerosos desvíos, nombres, dilemas e intuiciones mencionados pero no desarrollados en este ensayo hacen suponer que tendrá continuación y oportunidad de reparar ausencias, algunas de ellas, por cierto, muy exigentes, como la de Zorrilla de San Martín, ungido en el cruce de causas políticas, literarias y espirituales, o las de las escritoras, asunto que sin duda tiene sus dificultades dada la duradera marginalización de la mujer en el terreno de la política oficial y partidaria, y los escasos fondos documentales de autoras mujeres conservados en repositorios públicos en comparación con los de varones.

Hay en *Los partidos políticos y las ideas* un aporte muy útil para repensar los objetos de estudio y las formas de construir saberes sobre la literatura y las ideas políticas atendiendo sobre todo a su permeabilidad. En ese sentido, se destaca la reconstrucción de los aspectos vitales de los autores y su cruce con las trayectorias escriturales, intelectuales y políticas realizada en este ensayo, porque permite incorporar en la reflexión crítica los matices y las mutaciones partidarias, estéticas, afectivas, etc., y tomar, así, una sana distancia de la exigencia de cristalización identitaria que suele constituir un problema metodológico en la construcción de las biografías intelectuales y literarias. Por otra parte, el ensayo colabora con proponer una ampliación de las condiciones y las formas en las que los escritores participan en los procesos políticos y sociales. Como sugieren algunos de los casos trabajados, esta actividad va más allá de la que delimita la relación de los escritores con los partidos y no es tan lineal como la explicitación o reconocimiento de un compromiso con tal o cual causa; la imaginación literaria acompaña y nutre los procesos sociales y no sólo los refleja. A la luz de estos aspectos, creemos, queda asentada y justificada la necesidad —epistemológica— de continuar afirmando los puentes entre la historia literaria, la historia política y la historia intelectual.

Oscar Brando (2024). *Los partidos políticos y las ideas. Una mirada desde la cultura*. Montevideo: Estuario. 207 páginas.